

# Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR, — PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI. — JOAQUIN PABLO VELEZ. — RAMON M. QUESADA. — VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel). — Alfaro C. (don José M<sup>a</sup>). — Arias (don Isaac). — Añez (don Julio). — Alvarenga (don Lucio). — Brenes C. (don Alberto). — Beeche (don Octavio Barriere (don Manuel). — Céspedes (don Benjamin de). — Cardona (don Jenaro). — Castro F. (don Jorge). — Chavarría M. (don Nicolás). — Delgado (don Camilo S.). — Echeverría (don Aquileo). — Ferraz (don Juan F.). — Flores (don Luis R.). — Galofre (don Santander A.). — Guerrero (don Doroteo J.). — Guzmán (Dr. David J.). — Imendia (don Carlos.). — Fernández (don Máximo). — Facio (don Justo A.). — Machado (don Rafael). — Matte (don Claudio). — Murillo (don Juan M<sup>a</sup>). — Morales (don Eusebio A.). — Marín C. (don Isidro). — Montero B. (don Francisco). — Obando (don Guillermo). — Olivo P. (don Antonio). — Pacheco (don Emilio). — Peralta (don Francisco F.). — Pacheco (don Leonidas). — Pacheco (don Otoniel). — Pizarro (don Federico). — Ramírez (don Aquilino). — Rivera (don Rubén). — Rodríguez (don Alberto). — Serrano (don Francisco). — Schroeder (don Ernesto). — Truque (don Eloy). — Viquez (don Faustino). — Vélez R. (don Pedro). — Volio (don Anselmo).

<b>Precio de Suscripción.</b>	2 <sup>a</sup> EPOCA. NUM. 5.	<b>Redacción y Admón.</b>
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.	San José, 20 de Agosto de 1890.	En la Oficina de "La Prensa Libre."
En el extranjero „ 1-50. „ „		SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.
Números sueltos, \$ 0-25.		

## SUMARIO.

UN RECUERDO, por Joaquín Pablo Vélez. — LA LUZ, por Julián Parreño. — MADRE Ó MAMÁ, por Juan de Dios Peza. — UNA EXCURSIÓN, por Francisco Montero B. — PENSAMIENTOS SUELTOS, por Ramón Acuña. — MOTIVO POR EL CUAL..., por Juan Franco. Ortiz. — LA ESTRELLA MENSAJERA, por Salvador Díaz Mirón. — NOTAS. — ANUNCIOS.

## Un recuerdo.

A NATHALIE.

Francamente yo la amaba mucho. Era excesivamente bella y voluptuosa, un poco vanidosilla pero muy inteligente. A su lado se disipaban las brumas de mi cerebro y se adormecía el hastío que me consumía.

Yo gozaba oyéndola referir historietas llenas de equívocos, y sin embargo honestas: tenía gracia hasta para decir tonterías; me entusiasma el fuego que adquiría su pupila, siempre brillante, cuando ponía empeño en convencerme de algo que yo dudaba.

Para ella no era yo más que un joven calavera, excéntrico, derrochador de una fortuna laboriosamente trabajada, poeta por temperamento, de corazón abierto á toda nueva impresión, despreciador de las contrariedades de la vida, una especie de bohemio; en fin, uno de esos seres que viven llevando en la cabeza un mundo de ilusiones y en el alma un mundo de desencantos.

Y apesar de todo, creo que me quería. Gustábanle las transiciones de mi carácter, á veces alegre, otras triste, en ocasiones violento, generalmente manso. Se impacientaba cuando no iba á verla á la hora diaria fijada, y me escribía unas cartas que la inmortalizarían en los anales de las pasiones ardientes si yo las publicara. Se alelaba escuchando lo que yo la refería de mi lejana y amada tierra, de mis primeros y desgraciados amores, de mis vastos proyectos para el

porvenir. Y cuando yo terminaba me daba un beso en la boca, estentóreo, sabrosísimo, capaz de resucitar á un muerto.

Comprendía que yo tenía arraigada al alma una pena inmensa y se afanaba por arrancarla, mimándome mucho y forjando ilusiones que me hicieran no odiar la vida. Me daba alientos para perseverar en mi carrera literaria y me suministraba y hacía que leyéramos juntos las mejores obras recientemente publicadas y los periódicos acreditados.

Fué mi amiga cariñosa en mis largos años de ausencia de la patria. A su lado escribía mis pobres versos y mis humildes artículos literarios y políticos.

La conocí una tarde apacible, clara, tibia, navegando en uno de esos hermosos lagos de Suiza en compañía de una amiga suya y de un compatriota mío. Vestía sencillo traje blanco y cubría su linda cabeza un sombrero adornado con flores rosadas. Al verla me turbé y ella lo notó; su belleza extraordinaria me impresionó vivamente.

Yo iba á Suiza en busca de reposo, después de las turbulentas noches de París, á matar mis recuerdos, á distraer mis dolores. Y en el mismo momento en que me disponía á cumplir mi propósito, ella se me apareció para desbaratármelo.

Oh Natalia! quién te hubiera dicho que seis años después de nuestra última entrevista en Nueva York, en aquel saloncito encantador que tenías en *Madison Avenue* y donde se respiraba un ambiente delicioso, lascivo, yo, el *dear boy*, como tú me decías, habría de consagrarte un recuerdo!

Y así es! Kitty, tu amiga, la bella soñadora, la que amó con delirio á Carlos, aquel inolvidable compañero mío, me anuncia la firme resolución que tienes de encerrarte en un claustro, Y yo me sorprendo! La noticia me ha turbado más que tu presencia aquella tarde en aquel lago de Suiza!

Tú, la soberana de la alegría, la inspiradora de mi libro *Escenas Neoyorquinas*, la libadora voluptuosa del concupiscente Tokay, la delicia de aquel cuartito mio donde nos reuníamos unos cuantos á bromear, á hacer versos y á proyectar locuras; tú, mi encantadora *Rosalinda*, vas á morirte en vida!

Pues bien, decididamente yo tengo que meterme á fraile!

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

Agosto de 1890.

## LA LUZ.

A mi estimado amigo don Próspero Calderón.

LA luz!

He aquí lo más hermoso que existe en la creación.

¿Qué fuera del universo sin la aureola de sus brillantes rayos? Yerto, exánime reposaría envuelto en las profundas sombras de una noche eterna.

Nació no se sabe cómo, no se sabe cuando: su origen se pierde en el secreto de un arcano. Emanada de la palabra divina, tiende sobre su cuna deslumbrante pabellón y ciega la vista de la inteligencia humana, que en vano se fatiga por penetrar su misteriosa naturaleza.

Esta circunstancia precisamente hale dado desde la más remota antigüedad, un lugar de preferencia en los sentimientos del hombre, que, entre místicos cantos y nubes de fragante mirra, le ha erigido columnas y altares, y templos, ya en los montes del Asia, ya en las selvas vírgenes de América.

La luz es vida, es ciencia, es arte, es poesía.

Inflamando la atmósfera solar, reberbera des-

de allí sobre la faz de nuestro globo, elevando del seno de las aguas considerables masas de vapores, que, tornados luego en fecundizantes lluvias, dan oxígeno al aire, caudal al río, savia á la planta y sustento al bruto.

Fulgura en la pupila del sabio y descubre á su contemplativa mirada los ocultos cuantiosos tesoros del sér y del no sér; ilumina con las tintas mas suaves y múltiples todo cuanto toca, dándole proporción y forma, color y armonías.

Pósase como con unción en la frente del anciano, juega con los rizos de la doncella; envuelve en sus ráfagas al genio; destella sobre el sepulcro; luce en el ara; chispea entre las ascuas de la hoguera del mártir; centellea bajo las alas de la tormenta; con el volcán espanta; seduce con la aurora; ríela enamorada con la luna sobre la móvil oada del esquivo oceano; señorease magnífica y triunfante por la extensión de los celestes campos, sembrando de polvos de oro la senda de los orbes.

La luz, pues, con la materia vive, con la razón medita, con el artista pinta y con el poeta canta.

Activa y diligente en todas partes se halla, cumpliendo en todas partes con su misión perenne.

Rápida, como el pensamiento, recorre los espacios con una velocidad de 70,000 leguas por segundo. Psiquis de todas las edades, acércase furtivamente al lecho del día, entreabre las tupidas cortinas, separa con sus dedos de rosa las blondas guedejas que caen sobre el rostro de su amado, mírale con embelesante deliquio, é imprimiendo en sus cerrados ojos el ardiente labio, despiértale de los sueños de otros mundos para sumergirle en los sueños de esta vida.

Hada maravillosa, colúmpiase en el viento, atraviesa la gota de cristal, que se desprende del tempestuoso nimbo, refráctase en ella y, dispersándose enseguida por el éter, corona con glorioso arco iris la obra maestra del Hacedor Supremo.

Sirena encantadora, construye sobre la yerma llanura, por medio de espejismos prodigiosos, fantásticas ciudades; y atrae con sus hechizos al viajero incauto, que ha creído ver la realidad en sus ficciones.

Nereida incomparable, abísmase en los líquidos antros de Neptuno y allí sorprende el lento pero laborioso trabajo del pólipo invisible, el infatigable escultor contemporáneo de los tiempos primitivos del planeta; ó bien descendiendo á las subterráneas cavernas, y, rompiéndose contra las prismáticas estaláctitas en vívidos cambiantes, ofrece á las tinieblas admiradas pomposa y peregrina fiesta de colores, que se combinan en espléndido y sin par policromismo.

Como una pira inmensa arde sobre el trópico: ya encima de los cráteres ignívoros, contribuyendo así á la exhalación de los gases, que comprimidos en el interior de la tierra, pudieran producir horribles desquiciamientos, ya encima de los tendidos mares, levantando entre el tórrido sol y nuestro inerme globo protector y flotante velo de blanquísimos celajes.

A las veces domiciliase también en las extremidades de nuestro eje inmovible; y filtrase en los hielos, cuyos témpanos convierte en alcázares de nácar y zafiro; y refléjase en la atmósfera donde enciende, como para iluminar

tan regios monumentos, entre parhelio y paraselene soberbios, la radiosa lámpara de las auroras polares.

Heraldo de la civilización, la luz va unida á todo progreso humano.

Ella enseñó á Tales de Mileto la precisión de los eclipses.

Ella dió á Anaximandro la sublime idea de la pluralidad de los mundos habitados.

Ella trajo á Pitágoras, sobre áureo pentagrama, el ritmo sonoro de las gigantes esferas.

Ella reveló á Hiparco la invención del astrolabio.

Ella guió á Copérnico, á través de las complicadas órbitas, hasta el centro de nuestro sistema planetario.

Ella dilató ante el telescopio de Galileo los estrechos confines del firmamento alejandrino; y ante la cortante proa de los naos de Colón, los del temido y poderoso Atlante.

Ella dió á Roemer un compás con que medir las pasmosas distancias estelares; y armó el brazo de Franklin del eléctrico pararrayos, y dotó á la industria con el gas inflamable de Felipe Lebon.

Ella descubrió á Morveau la naturaleza deleznable del diamante; y á Jausen, bajo convexa lente, la vida microscópica que en derredor nuestro circula y se desarrolla de una manera exhuberante.

Ella, en fin, es la que ha gravado en mármoles de Paños los imperecederos nombres de Chevreull, Sequí y Faye, y el de Edisson, el célebre profesor de Mungo Park, el nigromante sin igual de nuestra época.

La luz es la que ha conducido á las sociedades humanas por el camino inconmensurable del progreso. La luz es la que ahora en haces se derrama sobre esta capital de la hermosa Costa Rica, la perla de la América Central, y prende en los generosos corazones de sus habitantes la llama de un deseo inextinguible ya, el deseo de saber, el deseo de lograr la mayor suma de perfectibilidad posible, el deseo de elevar en la firme cumbre de estas verdes montañas, albergue predilecto de la risueña primavera, el santuario sacratísimo de la augusta Minerva.

La luz fué quien recogió el primer vagido de la creación, la ha seguido hasta hoy en su constante desenvolvimiento, mañana será el único testigo de sus postrimerías, y quizá si entonces flameará inmutable sobre la vasta tumba del universo.

JULIÁN PARREÑO.

## Madre ó mamá.

Y padre mío! ¡padre mío!

—¿Qué pasa, Margot, qué pasa?

—El niño-rey de mi casa se está muriendo de frío.

—... El niño-rey?

—De la mano

te llevaré con cariño á ver morir á mi niño....

—Pero ese niño ¿es tu hermano?

—¡Mi hermano! no, papacito;

el niño á que me refiero

me lo dió don Luis Rivero

de regalo... ¿es tan bonito!

Desde que lo traje aquí dejé agujas y ruecas y en mi casa de muñecas lo he tenido junto á mí. Le dí la alcoba mejor, buena cama, dos colchones, macetas en los balcones que dan para el corredor. Un gran armario de luna, de encajes un traje entero, y en los bolsillos dinero para aumentar su fortuna. ¡Ah! si supieras papá, aunque vivimos en calma, me duele, me duele el alma, cuando me grita ¡mamá! No quiero oír ese grito y que se calle le encargo ¿es un grito tan amargo! ¿es tan dulce y tan bonito! —¡Di que grite madre mía! —Perdió su madre al nacer y no le ha de responder detrás de la tumba fría. —Tú eres su madre.

—No tal,

soy su mamá solamente.

—Es lo mismo.

—Es diferente.

—¿Mamá y madre no es igual?

—No te lo podré decir;

pero ven á ser testigo

de su madre, ven conmigo,

que pronto se va á morir.

Dejando el problema ignoto, fuí con Margot junto á un lecho,

donde, con traje deshecho,

estaba el muñeco roto;

y dijo con ironía

cuando en brazos lo sostuvo:

—¡Pobrecito! nunca tuvo

á quien gritar ¡madre mía!

pero nunca la estrañó,

diga el mundo lo que quiera,

porque á una madre supera

una mamá como yo.

Lo quise, lo consentí,

alivié todos sus males;

¡para todos sus iguales

quisiera mamás así.

JUAN DE DIOS PEZA.  
(Mejicano.)

## UNA EXCURSION

AL

## VOLCAN DE POAS.

(A CARLOS GAGINI.)



UN, tun, tun.—Chico!!

—Quién es? contesté en el acto.

Son las tres de la mañana y es hora de marchar.

Reconocí la voz de José Moreno, el famoso gimnasta josefino, que en punto á sacudir la pata para caminar se las tiene con el mismísimo Berghosi en persona.

El día anterior habíamos convenido en ha-

# FILIGRANA.

A mi amigo don Próspero Calderón.

Mazurka expresiva

por EDUARDO CUEVAS.

PIANO.

The musical score is written for piano in 3/4 time. It consists of six systems of music, each with a treble and bass staff. The piece is marked 'PIANO' and 'Mazurka expresiva'. The score includes various dynamic markings such as *p*, *mf*, *pp*, *f*, *ppp*, *dim*, *poco*, and *a*. Performance instructions include *rall.*, *Dolc.*, and *1º tempo*. Pedal markings are indicated by 'Ped.' and asterisks. The score features several trills and complex rhythmic patterns, particularly in the right hand. The key signature has one sharp (F#).

First system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *rall*, *p*, *Dolce*, *f*. Pedal markings: *Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*

Second system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *Espres.*, *ten*, *Dol*, *ten*, *cres*. Pedal markings: *Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*

Third system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *cres f*, *ff*, *cres*. Pedal markings: *Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*

Fourth system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *p*, *rall*, *p*, *poco*, *a*, *poco*. Pedal markings: *Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*

Fifth system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *1º tempo*, *dolce*, *p*, *rall*. Pedal markings: *Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*

Sixth system of musical notation. Treble and bass staves. Bass staff includes markings: *Dolce*, *f*. Pedal markings: *Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*, *\* Ped.*

patentizan la ternura y aun anuncian el más acerbo llanto.

Esas composiciones embellecidas por el lirismo y empapadas por las lágrimas, evocan siempre al amor y se revelan contra el infortunio.

El sentimiento de este poeta se levanta enérgico hacia lo bello, y luego canta sus quejillas.

Su espíritu oscila entre las amenazas de la fortuna y los halagos del amor.

Lo sublime nunca lo pierde de vista por más que se ve obligado á libar la copa de la amargura. Nada le arredra: abre las puertas de su pensamiento y con perseverancia se entrega desde sus primeros años á la noble tarea de cultivar su espíritu y á enriquecer la literatura patria.

Hermanado con la más exquisita poesía, conquista siempre lauros para nuestras letras, y á la vez deja ver en el desenvolvimiento de sus ideas el talento y la armonía, el calor y la pasión.

A su destino de poeta le da su debido lleno y nada le detiene: siempre departe con las musas por más que tenga que hacer frente á las miserias de la vida y á las pequeñeces de todas las épocas, donde surge la emulación que impulsa al verdadero ingenio.

Las innobles pasiones jamás ponen término á su carrera: teniendo por norte el estudio, da vuelo á su viva y fecunda imaginación.

BRAUN fué un poeta por sentimiento y por vocación. Al lado de lo que decimos están sus cantares que muestran los íntimos ensueños de su alma, los sufrimientos secretos de su corazón y el deseo vano de buscar perdidas ilusiones. El infortunio lo acompaña siempre: ninguno de los sueños de su vida ve realizado: visita este mundo para experimentar desgracias. Sin embargo, á pesar de haber hecho frente al dolor, tiene siempre el lenguaje del corazón; todo en él es ternura; el llanto lo saborea; Braun fué el prototipo de una tragedia.

La modestia de este poeta es la que ha hecho que sus dulces cantos no se conozcan.— Braun nunca hizo ostentación de sus composiciones; sus amigos las han dado á conocer, y el público, que le llora y hace justicia á su memoria, las juzga con verdadera imparcialidad.

Así es como este vate ocupa un puesto distinguido en las sublimes alturas de la poesía. Braun, podríamos decir, vive con las musas, y bien lo merece, pues él es de esos poetas que se elevan á lo bello por la escala natural del sentimiento. Debemos decir además que en sus tiernos cantos se ve la dulce suavidad en las cadencias y el exquisito gusto en el decir, y que si bien es cierto que ligeros descuidos tienen sus composiciones, esto en nada desdora su nombre de poeta, porque la poesía se anida en el sentimiento y sus versos son pedazos del corazón.

La crítica que hoy se haga de nuestro poeta sería injusta pero no extraña. Decimos que no sería extraña, porque la retórica, como todo, según dice un pensador, tiene sus canes: la *Iliada* tuvo su azote; el Ingenioso Hidalgo fué censurado; la Divina Comedia fué envidiada. Los genios siempre son acosados por improvisada crítica: Píndaro, Virgilio y Milton sintieron también esa injusta ley del martirio. Los genios siempre han sido llevados á esa especie

de inquisición, donde el verdugo ordena y ejecuta impulsado por la tiranía de las malas pasiones.

Al escribir estos pensamientos no debe creerse que nosotros pretendemos formar un juicio exacto de las composiciones del poeta; tamaño empresa está encomendada á plumas más competentes. Además, personas bastante eruditas han elaborado ya trabajos preciosos en que estiman el verdadero mérito que encierran los cánticos del bardo costarricense.

Dejamos correr nuestra pluma con el fin de que las composiciones del malogrado poeta se publiquen en conjunto, pues la publicación sola de sus versos, como nuestro maestro ha dicho, es el mejor elogio que de sus obras y de su talento puede hacerse.

Para admirar á Juan Diego Braun no hay más que leer sus versos: por ellos se verá que siempre vivió entre la fugaz sonrisa y el llanto silencioso, y que nunca cantó sino la tortura de su pensamiento ó las heridas de su corazón.

Por esto el poeta, cual otro Lamartine, en sus tiernas elegías, consagró siempre recuerdos á la que era poseedora de su corazón y dueña de su pensamiento. Nunca su Laura en sus poemas amorosos fué ensañada sino llena de virtudes y de encantos, y como Petrarca, la hizo nacer á su pensamiento en los albores de su adolescencia.

Como epigramático tal vez supera en mucho al juicio de sus contemporáneos, y debemos decir que en sus sátiras fué siempre oportuno, ingenioso, agudo y á veces terrible: lo ridículo lo mostró siempre haciendo brotar la risa.

Como se ve, los elogios de este poeta nacen cuando él muere. La gloria de Juan Diego Braun es póstuma. Respecto de él podemos decir con Mirabeau: "el hombre es grande cuando muere; la gloria principia en la tumba".

Concluimos como principiamos: Juan Diego fué un poeta: sus obras que lo justifican es lo único que nos queda; pues si hacemos recuerdos de la vida nos afrontamos al célebre cuadro de *Laura*, donde Braun es una sombra y su amor idealizado un suspiro del alma.

R. ACUÑA.

## Motivo por el cual....

### CUENTECILLO AL GALOPE Y AL PASO.



L saberse por ahí que vivo soltero, en un país en que los hombres y las mujeres están en proporción como de uno á siete, pensará cualquiera que soy un hombre sin corazón y sin pasiones, un misántropo aburrido de la existencia, ó un para poco, que no he tenido valor de declararle á alguna beldad mi atrevido pensamiento; pero, voto á bríos! el que lo piense, se equivoca de medio á medio.

Verdad es que dejé pasar mis mocedades sin pensar en el matrimonio, como lo hacen muchos; pero luego, habiendo sentado los cascos,

volví á mirar á mi alrededor, y púseme á escoger la mujer que pudiera convenirme, teniendo en cuenta mi posición social, mi genio, y sobre todo, mi gusto.

Ofreciose desde luego á mi vista la romántica Julia; pero Julia, la de breve y donosa cintura, sabía más que yo. ¡Tate! dije, ¿cómo podré sufrir á mi lado una mujercita bachillera? Eso no, en mis días, y salté con la música á otra parte.

En pos de Julia, vino Delfina; Delfina, la encantadora Delfina, la de los brazos de nieve, la del mirar atrevido, la de la boca de rosa; pero Delfina era muy rica, y lo que para otro hubiera sido un atractivo, para mí era un inconveniente; Delfina hubiera podido comprarme, al no estar rendido ya mi corazón á sus mimos y á sus caricias. Esta mujer me hechiza, dije; pero no me conviene, porque me dominaría completamente, y lo que yo apetezco es mandar en mis calzones, en mi casa, en mi mujer, y

*Non bené pro toto libertas venditur auro.*

Pasarón mis amores con Delfina, cual dorada nubecilla por encima del horizonte. En pos de la tarde vino la noche. No sé si me explico: en pos de Delfina vino una morena con un lunar asombroso, y con ella la pasé malísimamente. No me podía ver, me aborrecía de muerte, y yo seguía porfiando, cuando salió á la palestra un tercero en discordia, un jayanazo de la Sabana de Bogotá. Me insultó, púsome de vuelta y media, y al fin y al cabo me desafió! Admití el duelo, porque no supiera Paulita que me había corrido, lo cual hubiera sido dar un nuevo triunfo á mi rival.

El desafío que me propuso el Sabanero, era en esta forma: vea Ud. qué bárbaro! Dijo que tanto él como yo y nuestros segundos, montaríamos en los mejores caballos que tuviéramos; que saldríamos al llano de Fucha; que á la primera señal, desatando nuestros *rejos de enlazar*, le echaría yo á él y él á mí, bonitamente, una lazada al pescuezo; que á la segunda señal amarraríamos los rejos á las cabezas de las sillas; y á la tercera meteríamos espuelas á los caballos, y echaríamos una carrera abierta que diera punto á nuestro combate. Y debo declarar aquí, para descargo de mi conciencia, que admití tan bárbaro duelo, con la dañada intención de desnucar al Sabanero. No se me ocultaba que yo moriría sin remedio; pero ¿qué le importa morir al hombre que se ve despreciado de su bella, y que está devorado por la rabia de los celos?

Los padrinos que habíamos nombrado se opusieron á lo que ellos apellidaban un doble asesinato, y viéndonos firmes en el propósito de llevarlo á efecto, dieron parte á la autoridad. Temiendo las persecuciones de la justicia, el Sabanero se fué para el Perú, y yo para San Francisco de California. Al cabo de tres años regresé á Colombia, con algunas águilas americanas en mis bales, con no poca experiencia, y tan soltero como me había embarcado en Panamá.

Pasados algunos días después de mi llegada á Bogotá, y así que hube contado cien veces á mis amigos, cuán hermosa es la bahía de San Francisco, en la que estaban acachados á mi arribo más de ochocientos buques; después de haberles pintado la Laguna del Pájaro, en el centro de la cual se eleva una gran pirámide de grani-

tc, que parece obra de los genios, y en cuyo alrededor vuelan grandes bandadas de alcatrazes; después de haberles descrito las costumbres y los placeres del Sacramento y del San Joaquín, etcétera; volví al cuento empezado, volví á pensar en la mujer que pudiera acompañarme en la difícil senda de la vida. Ví cien jóvenes bogotanas á cual más donosas, á cual más apuestas; pero la una, que era muy linda, sabía más que yo; la otra era muy rica; la de más allá un berbecí, y la que manifestaba buen genio, tenía una parentela, con la cual sólo Satanás se hubiera atrevido á emparentar. En fin, todas tenían sus gracias, y sin embargo, todas tenían sus peros, y demás de la marca. Así fué que al encontrar una niña gorda, blanca, colorada, en la flor de su edad, sin pizca de coquetería, pues era el mismo candor y la inocencia misma, me figuré que había encontrado un grano de oro, más precioso que el que vi en San Francisco, que pesaba ciento sesenta libras, cosa asombrosa!

Mi corazón se había fijado en la hija de un labrador de la Sabana, que tiene una hacienda inmediata á Zipacón. Mi futura no sabía sino leer y medio escribir. Por ese lado no podía dominarme. Era pobre, porque aunque su padre tenía unos veintemil fuertes, ¿qué podría tocarle á Rosa que era la penúltima de los veintidós hijos que alegraban el hogar de don Braulio Ramírez? Por ese lado tampoco podía darme la ley. Rosa no era modista, ni romántica, ni coqueta; era la que me convenía, era mujer de mi gusto por todos cuatro costados. Su cuerpo era bellissimo, sus carnes firmes como el mármol, sus dientes blancos como la leche, sus cabellos lustrosos del color del carey, y sus ojos jay! hablaban al alma.

Yendo días y viniendo días, enloquecí de amor por aquella serrana; no pensaba sino con la linda Sabanera; y el fuego que me devoraba el alma, crecía en proporción á las dificultades que se me presentaban para verla, porque su padre era un hombre adusto que no la permitía hablar con alma viviente, ni me dejaba llegar á su casa. Don Braulio era un Sabanero *recachazudo*, capaz de hacerle perder la paciencia al santo Job, y por fin me sacó de mis casillas.

Una vieja fué la tabla de mi salvación en tan apuradas circunstancias. La primera misiva que llevó á Rosa, me costó cuatro duros. ¡Oh pesos de California bien empleados! La respuesta que me trajo valía un millón. Largas horas gasté en descifrar las patitas de mosca de que se valía la hermosa sabanera, para decirme, en sustancia, que ya había reparado en mi persona, tanto en el Mercado de Funza, como en la puerta de la iglesia de Zipacón; y que si, como de un caballero debía esperarlo, eran honrados mis intentos, no perdiera las esperanzas.

Nuestra correspondencia se hizo periódica, y no obstante el trabajo que me costaba traducir ó adivinar las dos terceras partes de lo que Rosa me escribía, experimentaba sumo placer al descifrar aquel guirigay, aquellos palitos, aquellas patitas de mosca, aquellas barrabasadas que usaba la infeliz en vez de la escritura castellana. En una de mis cartas me atreví á decirle que pasaría á hablar con don Braulio; pero me contestó que no hiciera tal; que no fuera á precipitarme; que era preciso aprovechar un momento favorable, en que don Braulio estuviese de buen humor, y que ella me avisaría.

El tiempo volaba entre tanto, y mis ansias crecían, cuando hé aquí que una mañana me trajo la buena vieja, carta de Rosa, en que me decía que ya era tiempo de hablar á don Braulio; pero que antes deseaba tener una entrevista conmigo, y me indicaba el sitio en que podría verla, sin más testigo que su tía Catalina.

Esto fué el 16 de Diciembre, día de la primera misa de Aguinaldo.

Debía hallarme, pues, en la quebrada de Los Arrayanes, cerca de los grandes sauces que sombrean el lavadero de la ropa, el 17 de Diciembre de..... entre dos y tres de la tarde; precisamente á la hora en que don Braulio echaba su siesta acostumbrada.

El que no haya estado enamorado, debe suspender aquí la lectura de esta relación, que no podrá interesarle: el que lo haya estado alguna vez, puede continuar.

Mi primera diligencia fué buscar desde la víspera una cabalgadura, y don Timoteo me alquiló un macho retinto, grande, gordo, fuerte, asegurándome que era alhaja de príncipe. Apenas aclaró, emprendí mi viaje por la plazuela de San Victorino abajo, con mi ruana pintada, sombrero enfundado, zamarros de león, grandes espuelas y la zurriaga de ordenanza. A la cabeza de la silla, llevaba el caucho, y en los cojinetes una pistola, un paquete de cigarros y media botella de brandi, por si se ofreciera hacer algunas libaciones á los buenos genios que acompañarían mi marcha solitaria.

El macho tenía buen paso ciertamente, y el garbo con que empezó á andar prometía que llegaríamos yo y él á la fuente de Los Arrayanes antes de la hora señalada. Ah! no hay que fiar en las apariencias!

Hasta Fontibón, no hubo novedad. Más allá de Fontibón, el macho metió la cabeza, y se fué derecho á una casa, y no valieron á contenerlo, ni el freno, ni las espuelas, ni la zurriaga. En el patio de la casa había una cuerda con ropa, que estaba secándose al sol; me hizo pasar por allí; la cuerda se reventó, cayó la ropa al suelo, mi sombrero también, el gallo y las gallinas se espantaron, salió una manada de perros que quería tragarme; yo me defendí con la zurriaga; la ventera y su hija se presentaron á insultarme; los indios que bebían chicha en la tienda se reían á carjadas, y el macho de la trampa, á todas éstas, se había arrimado á la pared, y se estaba quieto, mientras caía sobre mí aquella granizada de insultos, en parte merecidos. Yo callaba y sufría. Así que hubo pasado el chubasco, metí espuelas al retinto para coger el camino; pero qué! mientras más lo espoleaba más se fruncía y más se arrimaba á la pared.

Tuve que desmontarme, que desatar el cabestro, y pagarle á un indio de los que había en la venta, para que me arreara el macho. A fuerza de látigo lo sacamos al camino. Monté y seguí sin mayor novedad. Paradas como aquella, hizo el bendito macho tantas cuantas, antes de llegar á la puerta de Zipaquirá. Esa fué la más considerable. Dos *calentanos* de Anolaima acudieron á favorecerme: el uno cabestreó el macho, en tanto que el otro descargaba sobre éste una docena de zurriagazos que le hicieron muy buen provecho, porque tomó un trotecillo muy suave, tal que yo me prometía que aquella sería su última parada; cuando de-

repente, sin más ni más, se paró de redondo el perverso animal en medio del camino.

Se quedó plantado allí como una columna, y no hubo fuerzas humanas que le hicieran cambiar de resolución. Deshastillóse la vara de la zurriaga, se volvió pedazos de tantos palos como le dí, le gritaba con todo mi aliento: arriba so gran demonio! arriba so macho! so diablo! rasgándole los hijares con las espuelas; pero el macho no se movía; cuando más, reculaba, como queriendo echarse para atrás; y fué tanta la brega, tanta la ira que me infundió el perverso animal que habiéndome acordado de que venía cargada la pistola, lo condené á muerte: resolví hacer con la alimaña un *Linch law*, á semejanza de los que ví ejecutar á los yanquis en California. Allá cuando en despoblado se comete un robo ó un asesinato, los circunstanciales, en nombre del pueblo, improvisan un jurado, cuya sentencia se ejecuta sin tardanza. ¿Qué otra cosa era el macho, en mis circunstancias, sino el ladrón de mi dicha y el asesino de mi felicidad? yo seré el juez que te condene, dije, y el verdugo que ejecute la sentencia.

Eché pié á tierra, le quité la silla, y habiéndole zafado el freno, lo dejé solo con el ronزال para sujetarlo. Saqué la pistola, le apunté al ojo á boca de jarro, y..... zas! La pistola negó, porque el fósforo se había humedecido. Ciego de cólera le tiré el arma á los hocicos; y entonces el macho se espantó y hechó á correr; me cargué al rejo de la jáquima pero no pude contenerlo; me arrastró, me revolcó en el polvo y siguió corriendo al golpe; y el camino estaba desierto, sin alma viviente que lo pudiera atajar.

Renegando de mi suerte, del macho, del mulero y de todo el género humano, saqué el reloj y ví..... la una y veintisiete! Era imposible llegar á Zipacón oportunamente.

Cargué á las espaldas la silla, que me pareció que pesaba quintales, y me volví triste, sudando y dado á todos los santos del cielo, por no decir otra cosa. Al primer indio con quien encontré, le endosé la carga, y seguí con él á pie, hasta que un labriego, compadecido de mi desdicha, me alquiló una yegua de cargar leña, en la cual regresé á Bogotá. El indio quedó encargado de buscar el macho, que al cabo de tres días pareció, y fué devuelto á don Timoteo con un millón de gracias.

El 18 recibí una carta de Rosa, en que ponía en duda mi amor, por haber faltado á la cita. Le contesté al instante, pintándole el suceso, y pidiéndole, por quien ella era, que me disculpara; puesto que la falta no había consistido en mí, sino en el macho de don Timoteo. Sin embargo, la Sabanera me castigó privándome, por ocho días, del gusto de ver sus patitas de mosca; pues en aquella temporada recibía, pero no contestaba mis cartas.

El Domingo de Pascua, la vieja me trajo carta de la enojada Sabanera, en que me decía: "Creo que ya estará U. un poco castigado, y pongo ésta deseándoselas muy felices; y terminaba así: "Si puede U. conseguir una bestia que no se le canse en el camino, lo espero mañana á la misma hora y en el sitio que le indiqué, para tratar de cosas que quizá le interesen."

Bendito sea Dios! exclamé. ¿Puede darme las mejores pascuas la linda Sabanera?

Un amigo tenía un macho de carga famoso. Contra mi propósito de no pedir prestado nada á nadie, lo quebranté, esa vez me humillé, y se lo pedí.

Inmediatamente estuvo en casa un muchacho, trayendo aquel soberbio animal, apellidado *El Traga Leguas* por buen caminador.

El lunes de pascua, muy temprano, me puse en marcha para concurrir á la segunda cita.

